

Los ingravidos

Valeria Luiselli

↑ **Exit** Bedford Avenue &
North 7 Street

sextopiso

Bedford
Avenue

Bedford
Avenue

↑ **Exit** Bedford Avenue &
North 7 Street

↑ **Exit** Bedford Avenue &
North 7 Street

Bedford
Avenue

Bedford
Avenue

Los ingrátidos

Los ingrátidos
VALERIA LUISELLI



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Este libro fue escrito con el apoyo del Fondo Nacional
para la Cultura y las Artes

Copyright © Valeria Luiselli, 2011

Primera edición: 2011

Fotografía de portada
MÓNICA LLEÓ

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2011
San Miguel # 36
Colonia Barrio San Lucas
Coyoacán, 04030
México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
c/ Monte Esquinza 13, 4.º Dcha.
28010, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
QUINTA DEL AGUA EDICIONES

ISBN: 978-84-96867-89-5
Depósito legal:

Impreso en España

Para Álvaro

*¡Ten cuidado! Si juegas al fantasma,
en uno te conviertes.*

(Anónimo, la Cábala)

El mediano me despierta:

¿Sabes de dónde vienen los mosquitos, mamá?

¿De dónde?

De la regadera. De día están en la regadera y de noche nos pican.

*

Todo empezó en otra ciudad y en otra vida, anterior a ésta de ahora pero posterior a aquélla. Por eso no puedo escribir esta historia como yo quisiera —como si todavía estuviera ahí y fuera sólo esa otra persona—. Me cuesta hablar de calles y de caras como si aún las recorriera todos los días. No encuentro los tiempos verbales precisos. Era joven, tenía las piernas fuertes y flacas.

(Hubiera querido empezar como termina *A Moveable Feast* de Hemingway.)

*

En esa ciudad vivía sola en un departamento casi vacío. Dormía poco. Comía mal y sin variar mucho. Llevaba una vida sencilla, una rutina. Trabajaba como dictaminadora y traductora en una editorial pequeña que se dedicaba a rescatar «perlas extranjeras» que nadie compraba —porque al fin y al cabo estaban destinadas a una cultura insular donde la traducción se abomina por impura—. Pero me gustaba mi trabajo y creo que durante un tiempo lo hice bien. Además, en la editorial se podía fumar.

De lunes a miércoles iba a la oficina; los jueves y viernes estaban reservados para hacer investigación en las bibliotecas. Todos los lunes llegaba temprano y de buen ánimo, con un vaso de cartón lleno de café. Saludaba a Minni, la secretaria, y luego al *chief editor*, que era el único *editor* pero era el *chief*. Se llamaba White. Me sentaba en mi escritorio, me hacía un cigarro de tabaco rubio y trabajaba hasta entrada la noche.

*

En esta casa vivimos dos adultos, una bebé y un niño mediano. Decimos que es el niño mediano porque aunque es el mayor de los dos, él insiste en que aún es mediano. Y tiene razón. Es el mayor pero es chico, así que es mediano.

Hace unos días mi marido pisó un esqueleto de dinosaurio mientras bajaba las escaleras y hubo un cataclismo. Llantos, gritos, temblores: el dinosaurio era irrestaurable. Ahora ya el T-Rex es irrescutable, decía el niño mediano entre sollozos. A veces tenemos la impresión de ser como dos Gullivers paranoicos, caminando eternamente de puntillas para no despertar a nadie, para no pisotear nada importante y frágil.

*

En invierno pegaban tormentas de viento. Pero usaba minifaldas porque era joven. Escribía cartas a mis conocidos en las que les contaba sobre mis caminatas, sobre mis piernas enfundadas en unas medias grises; sobre mi cuerpo envuelto en un abrigo rojo, con hondos bolsillos. Escribía cartas sobre el viento frío que acariciaba esas piernas y comparaba el aire helado con los picos de una barbilla mal rasurada, como si el aire y unas piernas grises que caminan por las calles fueran material literario. Cuando alguien ha vivido solo durante mucho tiempo, el único modo de constatar que sigue existiendo es articular las actividades y las cosas en una sintaxis compatible:

esta cara, estos huesos que caminan, esta boca, esta mano que escribe.

Ahora escribo de noche, cuando los dos niños están dormidos y ya es lícito fumar, beber y dejar que entren las corrientes de aire. Antes escribía todo el tiempo, a cualquier hora, porque mi cuerpo me pertenecía. Mis piernas eran largas, fuertes y flacas. Era propio ofrecerlas; a quien fuera, a la escritura.

*

En aquel departamento había sólo cinco muebles: cama, mesa-comedor, librero, escritorio y silla. El escritorio, la silla y el librero, en realidad, se integraron después. Cuando llegué a vivir ahí, encontré sólo una cama y un comedor plegable de aluminio. Había también una tina empotrada. Pero no sé si eso cuenta como mueble. Poco a poco, el espacio se fue habitando, aunque casi siempre con objetos pasajeros. Los libros de las bibliotecas pasaban los fines de semana apilados en una torre junto a la cama y desaparecían el lunes siguiente, cuando los llevaba a la editorial para dictaminarlos.

*

Una novela silenciosa, para no despertar a los niños.

*

En esta casa tan grande no tengo un lugar para escribir. Sobre mi mesa de trabajo hay pañales, cochecitos, transformers, biberones, sonajas, objetos que aún no termino de descifrar. Cosas minúsculas ocupan todo el espacio. Atravieso la sala y me siento en el sofá con mi computadora en el regazo. El niño mediano entra a la sala:

¿Qué estás haciendo, mamá?

Escribiendo.

¿Escribiendo nomás un libro?
Nomás escribiendo.

*

Las novelas son de largo aliento. Eso quieren los novelistas. Nadie sabe exactamente lo que significa pero todos dicen: largo aliento. Yo tengo una bebé y un niño mediano. No me dejan respirar. Todo lo que escribo es —tiene que ser— de corto aliento. Poco aire.

*

A veces compraba vino, aunque la botella no duraba ni una sentada. Rendían un poco más el pan, la lechuga, los quesos, el whisky y el café, en ese orden. Y algo más que esas cinco cosas juntas, el aceite y la salsa de soya. Pero las plumas y encendedores, por ejemplo, iban y venían como adolescentes empeñados en demostrar su exceso de voluntad y absoluta autonomía. Sabía que no era bueno depositar ninguna clase de confianza en los objetos de una casa; que en cuanto nos acostumbramos a la presencia silenciosa de una cosa, ésta se rompe o desaparece. Mis vínculos con las personas que me rodeaban estaban marcados de igual manera por esos dos modos de la impermanencia: quebrarse o desaparecer.

Lo único que perdura de aquel período son los ecos de algunas conversaciones, un puñado de ideas recurrentes, poemas que me gustaban y releía una y otra vez hasta aprenderlos de memoria. Todo lo demás es elaboración posterior. Mis recuerdos de esa vida no podrían tener mayor contenido. Son andamiajes, estructuras, casas vacías.

*

Yo también voy a escribir un libro, me dice el niño mediano mientras preparamos la cena y esperamos a que vuelva su papá

de la oficina. Su papá no tiene oficina, pero tiene muchas citas de trabajo y a veces dice: Ya me voy a la oficina. El mediano dice que su papá trabaja en el trabajorio. La bebé no dice nada, pero un día va a decir Pa-pá.

Mi marido escribe películas, pero también comerciales de televisión y a veces poemas. Él cree que ya perdió la vitalidad que se necesita para escribir buenos poemas, así que los anota en una libreta café que siempre esconde en un cajón con llave.

¿Cómo se va a llamar tu libro?, le pregunto al mediano.
Se va a decir: *Papá siempre regresa enojado del trabajorio.*

*

En nuestra casa se va la luz. Hay que cambiar los fusibles muy a menudo. Ésa es una palabra de adquisición reciente en nuestro vocabulario cotidiano. Se va la luz y el mediano dice: Ya se fusilaron los fusibles.

No creo que hubiera fusibles en aquel departamento, en aquella otra ciudad. Nunca vi el medidor, nunca se fue la luz, nunca cambié un foco. Todos eran de neón: duraban para siempre. Un estudiante chino vivía en la ventana de enfrente. Estudiaba hasta muy tarde bajo su foco muerto; yo también leía hasta muy tarde. A las tres de la mañana, con precisión oriental, él apagaba la luz de su sala. Encendía la lámpara del baño y, cuatro minutos después, la apagaba otra vez. La de su cuarto nunca la prendía. Efectuaba sus rituales íntimos a oscuras. Me gustaba imaginar al chino: si se desnudaba para entrar a las sábanas, si se tocaba, si lo hacía debajo de las cobijas o de pie junto a la cama; cómo era el ojo del pene de ese chino; si pensaba en algo o me observaba a mí, imaginándolo a él desde mi cocina. Cuando terminaba la ceremonia nocturna, yo apagaba la luz y salía de mi departamento.

*

Nos gusta pensar que en esta casa hay un fantasma que nos acompaña y observa. No lo vemos, pero creemos que apareció a las pocas semanas de nuestra mudanza. Yo estaba gordísima, ocho meses de embarazo. Casi no me movía. Me arrastraba como un león marino por el suelo de duela. Me dediqué a desempacar cajas de libros, a alfabetizarlos en torres. Mi marido y el niño mediano los colocaban en los libreros recién pintados. El fantasma tiraba las torres. El mediano lo bautizó Consincara. El fantasma abre puertas y las cierra. Prende la estufa. Es una casa con una estufa enorme y muchas puertas. Mi marido le dice al niño mediano que el fantasma rebota una pelotita contra una pared, y el mediano se muere de miedo y enseguida se acurruca en los brazos de su padre, hasta que le jura a nuestro hijo que lo decía sólo de broma. A veces, Consincara mece a la bebé mientras yo escribo. Ni a ella ni a mí nos da miedo eso, y sabemos que no es una broma. Ella es la única que sí lo ve, sonrío hacia el vacío con todo el carisma del que es capaz. Está a punto de salirle un diente.

*

En este barrio pasa el tamalero a las ocho de la noche. Salimos corriendo a comprar media docena de tamales dulces. Yo no salgo, pero le chiflo desde la puerta de la casa, metiéndome dos dedos a la boca, y mi marido corre a la calle para alcanzarlo. Cuando vuelve, mientras desempaca los tamales dice: Me casé con una persona que chifla. También pasan vecinos frente a nuestra ventana, nos saludan. Aunque somos los recién llegados, son amables con nosotros. Todos se conocen. Los domingos comen juntos en el patio común. Nos invitan, pero no nos sumamos al convite; los saludamos desde la ventana de la sala y les deseamos un buen domingo. Es un conjunto de casas viejas, todas un poco caídas o a punto de caerse.

*

No conocía a nadie en aquel otro barrio. Procuraba regresar sólo para comer, bañarme y leer; casi nunca a pasar la noche. No me gustaba dormir sola en mi departamento. Era un séptimo piso. Prefería prestar mi casa a amistades lejanas y buscaba otros cuartos, sillones prestados, camas compartidas, para pasar la noche. Le repartí copias de mis llaves a mucha gente. Otras personas me dieron copia de las suyas. No generosidad: reciprocidad.

*

Los viernes, aunque no todos los viernes, llegaba Moby. Fue el primero que tuvo llaves. Nos cruzábamos casi siempre en la puerta. Yo salía hacia la biblioteca y él llegaba a bañarse, porque en su casa, que estaba en un pueblo a una hora y media de la ciudad, no había agua caliente. Al principio no se quedaba a dormir y no sé dónde dormía, pero se daba baños en mi tina empotrada y a cambio me traía una planta o me preparaba algún guisado que guardaba en el refrigerador. Me dejaba notas que yo encontraba por la noche, cuando regresaba a cenar: «Usé tu champú, gracias, M.».

Moby tenía un trabajo de fin de semana en la ciudad. Vendía falsos libros viejos que él mismo fabricaba en una imprenta casera. Los intelectuales-bien de los barrios del sur se los compraban a precios poco razonables. También reimprimía ejemplares únicos de clásicos estadounidenses en formatos igualmente únicos. (Es notable la obsesión de los gringos por las cosas únicas.) Tenía un ejemplar ilustrado de *Leaves of Grass*, un manuscrito a lápiz de *Walden* y una versión grabada en cinta de los ensayos de Ralph Waldo Emerson leídos por su abuela polaca. Pero la mayoría de sus autores eran «poetas de Ohio de los años veinte y treinta». Ése era su nicho. Había desarrollado una teoría sobre la ultraespecialización que le estaba funcionando. Por supuesto, no la había desarrollado él sino el señor Adam Smith, pero él creía que la teoría era suya. Yo le decía: Ésa es la teoría de los alfileres de Adam Smith. Y Moby

respondía: Estoy hablando de *American Poets*. El libro que por ese entonces trataba de vender se llamaba *Can We Hold Hands Out Here?* Tenía diez ejemplares y me regaló uno. Era un poeta muy malo, de Cleveland, Ohio, como Moby.

Algunas veces, antes de regresar a su pueblo, venía a mi departamento para bañarse una vez más. Cenábamos los restos de lo que él había cocinado el viernes. Hablábamos de los libros que había vendido; hablábamos de libros en general. A veces, los domingos, hacíamos el amor.

*

Mi marido lee algunos de estos párrafos y me pregunta quién es Moby. Nadie, le digo, Moby es un personaje.

*

Pero Moby existe. O tal vez ya no. Pero entonces existía. Y también existía Dakota, que iba a mi departamento por la misma razón que Moby: no tenía regadera. Ella fue la segunda persona que tuvo llaves. Llegaba a bañarse y algunas veces se quedaba a dormir. También me dio copia de sus llaves. Vivía con su novio en el sótano de una casona y llevaban meses diseñando un baño que nunca construyeron. Me gustaba pasar la noche en ese sótano sin regadera, ponerme los camisones de Dakota, probar su lado de la cama.

Dakota trabajaba de noche, cantaba en bares y a veces en el metro. Su rostro era como los de las películas mudas, los párpados dos lunetas enormes, la boca muy chica, cejas arrogantes. Ella y su novio tenían una banda. Él tocaba la armónica. Era de Wyoming —uno de esos gringos que, a pesar de tener los ojos casi transparentes, son guapos—. Tenía una cicatriz que le atravesaba la cara. El día que le dije a él que me iba para siempre de la ciudad porque me había afantasmado, me acarició la frente. No supe leer entonces si esa fue una respuesta. Quise tocarle la cara, pero no me atreví a subrayar la cicatriz.

*

El niño mediano regresa de la escuela, me muestra la rodilla:

Mira mi cortada.

¿Qué te pasó?

Estaba corriendo en el patio de la escuela y se me cayó una casa encima.

¿Una cosa?

No, una casa.

*

En esta casa hay un refrigerador nuevo, un mueble nuevo al lado de la cama, plantas nuevas en macetas de barro. Mi marido se despierta a medianoche de una pesadilla. Me empieza a contar mientras yo sueño otra cosa, pero lo escucho desde el principio, como si nunca me hubiera dormido, como si toda la noche hubiera estado esperando el pie de esa conversación. Dice que vivimos en una casa que crece. Aparecen nuevos cuartos, nuevos objetos, el techo sube de nivel. Los niños están, pero siempre en otro cuarto. El mediano corre peligro y no encontramos a la bebé. Hay un mueble que se desdobra y produce música a un lado de nuestra cama. Adentro del mueble descubre un árbol, un árbol muerto pero bien arraigado a la base de un cajón. Ese árbol es el que produce el embrujo de la casa que crece; él lo intenta arrancar; las ramas se extienden y le arañan los testículos. Mi marido llora. Lo abrazo y después voy al cuarto de los niños. Le doy un beso al mediano y reviso la cuna, para ver si respira aún la bebé. Respira. Pero yo no tengo aire.

*

Me gustaban los cementerios, los parques y las azoteas de los edificios, pero sobre todo los cementerios. De algún modo, vivía en un estado perpetuo de comunión con los muertos. Pero

no de una manera sórdida. En cambio, los vivos que me rodeaban eran sórdidos. Moby era sórdido, Dakota también, a veces. Los muertos y yo, no. Había leído a Quevedo e interiorizado como una plegaria, de un modo quizá demasiado literal, eso de vivir en conversación con los difuntos. Visitaba seguido un pequeño panteón a unas cuadras de mi departamento, porque ahí podía leer y pensar sin que nadie ni nada me perturbara.

*

Generar una estructura llena de huecos para que siempre sea posible llegar a la página, habitarla. Nunca meter más de la cuenta, nunca estofar, nunca amueblar ni adornar. Abrir puertas, ventanas. Levantar muros y tirarlos.

*

Cuando se quedaba en mi departamento, Dakota hacía ejercicios de voz con la cubeta que yo usaba para trapear la duela. Metía la cabeza entera y producía notas agudísimas, como de un violín mal afinado, como de un pájaro moribundo, como de puerta vieja. A veces, cuando yo regresaba de pasar algunos días fuera, me encontraba a Dakota tumbada en el piso de la sala —descansando las lumbares, explicaba—, y la cubeta azul a un lado:

¿Por qué siempre sacas mi cubeta del baño?

Para que no me escuchen tus vecinos.

¿Quiénes?

Para poder oírme.

*

Mi marido escribe rápido; hace mucho ruido al teclear. Escribe para el cine y sus personajes tienen voz y cuerpo. Los míos no existen. Él repite sus parlamentos cuando termina cada página. Dramatiza. Yo procuro emular a mis fantasmas;

¿Cuántas vidas y cuántas muertes son posibles en la existencia de una misma persona? *Los ingrátidos* es una novela sobre existencias fantasmales; una evocación, a la vez melancólica y llena de humor, sobre la imposibilidad del encuentro amoroso y el carácter irrevocable de la pérdida. Se lee con la emoción trepidante que genera una escritura ágil, aguda, a ratos francamente iluminada, pero que no renuncia nunca al cuidadoso cuestionamiento y disección de los valores del mundo contemporáneo.

Dos voces componen esta novela. La narradora, una mujer del México contemporáneo, relata sus años de juventud como editora en Nueva York, en los que el fantasma del poeta Gilberto Owen la perseguía por el metro. El narrador, un Owen al borde de la muerte, recuerda su juventud durante el Renacimiento de Harlem a finales de los años veinte, donde participaba –a veces a regañadientes, otras con alegre socarronería– de la vida literaria neoyorquina, al lado de escritores como Louis Zukofsky o Federico García Lorca. Ambos narradores se buscan en el espacio insondable de los trenes subterráneos, donde viajaban en sus respectivos pasados.

«Este retrato multifacético de la artista como mujer joven, como estafadora profesional, como madre y esposa, sumerge al lector en una intimidad encantadora y franca. Con una excentricidad cautivadora y un ingenio brillante, con una sinceridad sexual que inquieta y la más conmovedora ternura, este libro retrata la salvaje y casi enloquecida imaginación de juventud como pocas veces se ha hecho antes. Valeria Luiselli es la precoz dueña de una maestría deslumbrante y una escritora enteramente original.»

FRANCISCO GOLDMAN

«En las páginas de este libro prevalece una incertidumbre plena y preciosa. El relato avanza tan vertiginosamente, que reímos ante el desfile de unos personajes locos y tristes, aunque por momentos pensamos que esos personajes somos nosotros mismos en otra vida –o ahora mismo, leyendo. Esta primera novela de Valeria Luiselli es asombrosa y en sus muchas posibles lecturas late generosamente el misterio de la mejor literatura.»

ALEJANDRO ZAMBRA



narrativa **sextopiso**



9 788496 867895